

# Libro tercero

## I

### DEL ORDEN Y MODO DE LEER Y DE LA DISCIPLINA

La filosofía se divide en las partes teórica, práctica, mecánica y lógica. La parte teórica se divide en teología, física y matemáticas. Éstas se dividen en aritmética, música, geometría y astronomía. La parte práctica se divide en individual, privada y pública. La mecánica se divide en la producción de lana, el armamento, la navegación, la agricultura, la caza, la medicina y el teatro. La lógica se divide en gramática y ciencia del razonamiento. Ésta se divide en argumentación demostrativa, probable y sofística. La argumentación probable se divide en dialéctica y retórica.

En la clasificación que precede sólo aparecen las partes divisivas de la filosofía. Existen también subdivisiones de estas partes, pero por el momento pueden ser suficientes las mencionadas. Aquí encontrarás veintiún nombres si sólo tomas en cuenta el número de ciencias autónomas; veintiocho si quieres contar todos los nombres de las subdivisiones.

Son muchos los autores que, según puede leerse, han tratado de estas ciencias y han participado en el descubrimiento de las artes, unos iniciándolas, otros desarrollándolas y otros perfeccio-

nándolas, y así, de un mismo arte con frecuencia se hace referencia a varios autores. De entre éstos, haré mención de algunos pocos nombres a continuación.

## II

### DE LOS AUTORES DE LAS ARTES

Como teólogos hay que mencionar a Lino entre los griegos; a Varón entre los latinos; y, en nuestro tiempo, a Juan Escoto, con su escrito *De las diez categorías aplicadas a Dios*. “Entre los griegos, Tales de Mileto, uno de los Siete Sabios, es el iniciador de la física natural”;<sup>58</sup> mientras que entre los latinos, Plinio la describió. “Pitágoras de Samos descubrió la aritmética”,<sup>59</sup> y Nicómaco escribió un tratado sobre ella, “que fue traducido, entre los latinos, primero por Apuleyo, después por Boecio”.<sup>60</sup> El mismo Pitágoras compuso el *Mathen tetrados*,<sup>61</sup> un libro sobre la enseñanza del cuadrivio, y descubrió en la letra Y una figura de la vida humana. Moisés dice que el inventor de la música fue Tubal, del linaje de Caín; pero los griegos dicen que fue Pitágoras; otros que fue Mercurio, quien fue el primero en usar el tetracordio; y otros que Lino, o Zeto, o Anfión. Se dice que la geometría primero se descubrió en Egipto, y entre los griegos su representante fue el gran Euclides, autor de un tratado traducido por Boecio.<sup>62</sup> Eratóstenes también fue un geómetra destacadísimo, a quien se debe la medición del ámbito terrestre.

Hay quienes dicen que Cam, hijo de Noé, fue el primero en descubrir la astronomía. Los caldeos fueron los primeros en enseñar la astrología partiendo de la observación del momento del nacimiento; sin embargo, Josefo asegura que fue Abraham el primero en formar a los egipcios en la astrología. “Tolomeo, rey de Egipto, restauró la astronomía, y estableció las reglas para encontrar el curso de los astros. Algunos dicen que el gigante Nimrud fue el más grande de los astrólogos, y por ello la astronomía también está asociada con su nombre. Los griegos dicen que fue Atlas el primero en concebir este arte, y por esto también se afirmaba que sostenía el cielo”.<sup>63</sup>

Sócrates fue el iniciador de la ética, sobre la que escribió veinticuatro libros basados en la justicia positiva. Después Platón, su discípulo, compuso los numerosos libros que abarca la *República*,

<sup>58</sup> Adaptado de Isidoro, *Etymologiae*, II.xxiv.4.

<sup>59</sup> “*Hic enim arithmeticae repertor fuit*”, escribe, siempre según Taylor, Remigio de Auxerre (Remigius Autissiodorensis), en su comentario a *De nuptiis Philologiae et Mercurii*, de Marciano Capella. Cf. Cora E. Lutz, *Remigii Autissiodorensis Commentum in Martianum Capellam*, libros iii-ix, Leiden, E.J. Brill, 1965: “*Pythagoras inventor arithmeticae fuit...*”: VII, 366.9 (p. 179).

<sup>60</sup> Cita de Isidoro, *Etymologiae*, III.ii.i. (Se corrige el número del capítulo, equivocado en Taylor).

<sup>61</sup> Enseñanza o doctrina (*mathen*) del cuadrivio (*tetrados*): aritmética, música, geometría, astronomía.

<sup>62</sup> PL, LXIII, 1307ss.

<sup>63</sup> Adaptado de Isidoro, *Etymologiae*, III.xxv.1, iii.26.

basados en ambas clases de justicia, a saber, la natural y la positiva. Después Cicerón compuso en latín los libros de su *República*. También el filósofo Frontón escribió el libro *Strategematon*, es decir, de la estrategia militar.

La mecánica ha tenido muchos autores. Hesíodo de Ascra fue el primero entre los griegos que se dedicó a escribir sobre los asuntos del campo, y “después Demócrito. También un gran cartaginés compuso un estudio sobre agricultura en veintiocho volúmenes. Entre los romanos, Catón es el que inicia con su tratado *Acerca de la agricultura*, que después Marco Terencio complementó. Virgilio también escribió sus *Geórgicas*; después Cornelio, Julio Ático y Emiliano, o Columella, el famoso orador que abarcó todo el campo de esta disciplina”.<sup>64</sup> Luego hay que mencionar a Vitruvio, *Acerca de la arquitectura*, y a Paladio, *Acerca de la agricultura*.

“Se cuenta que Minerva fue la primera que enseñó a los griegos la forma de producir la lana, y se cree también que fue la primera en producir la tela, colorear la lana y la que inició el cultivo del olivo y la producción artesanal”,<sup>65</sup> y se cree que Dédalo aprendió con ella y que después él mismo continuó con el oficio artesanal. “Pero en Egipto, fue Isis, hija de Ínaco, la que descubrió la forma de tejer el lino y les enseñó cómo hacer vestidos con esta tela”,<sup>66</sup> fue ella también la que en ese país inició la producción de lana. En Libia, el uso de la lana se originó en el templo de Ammón.

“Nino, rey de los asirios, fue el primero en practicar la guerra”.<sup>67</sup> Se cree que Vulcano fue el primer herrero, aunque la historia sagrada dice que fue Tubal.<sup>68</sup> “Prometeo fue el primero en descubrir el uso de los anillos, al introducir una piedra en un círculo de hierro”.<sup>69</sup> Los pelagosos fueron los primeros en practicar la navegación. Ceres fue la primera en descubrir la utilidad del trigo, en Eleusis, en Grecia, y en Egipto fue Isis. “Pilumno introdujo en Italia el uso del trigo y de la escanda, así como el modo de molerlos y machacarlos”,<sup>70</sup> mientras que Tago introdujo en España la práctica de la siembra. “Osiris introdujo en Egipto el cultivo de la viña, y lo mismo hizo Liber entre los indios”.<sup>71</sup> “Dédalo fue el primero en servirse de mesas y sillas. Un tal Apicio fue el primero en disponer de un mobiliario de cocina, quien finalmente encontró en este lugar una muerte voluntaria, por haber disfrutado de todas sus bondades”.<sup>72</sup>

“Entre los griegos, el creador de la medicina fue Apolo, pero su hijo Esculapio, quien después murió fulminado por un rayo, la

<sup>64</sup> Cita de *ibid.*, XVII.ii. (Se corrige el número del libro, equivocado en Taylor).

<sup>65</sup> Adaptado de *ibid.*, XIX.xx.1-2.

<sup>66</sup> Adaptado de Marciano Capella, *De nuptiis*, II, xlvi, según Taylor. En realidad, el pasaje se encuentra en ese libro II, pero en el par. clviii: “*Eademque Isis lini usum sementemque monstravit*”, según la edición de U. F. Kopp, Frankfurt (del Meno), 1835.

<sup>67</sup> Adaptado de Isidoro, *Etymologiae*, XVIII.i.1.

<sup>68</sup> Gn 4, 22.

<sup>69</sup> Adaptado de Isidoro, *Etymologiae*, XIX.xxii.1.

<sup>70</sup> Adaptado de Marciano, *De nuptiis*, II.clviii: “*Comminuendae frugis farrisque fragmenta Pilumno assignat Italia*”, dice el original, según la edición citada en la nota 59.

<sup>71</sup> Cita de Remigio de Auxerre, en su comentario a *De nuptiis*, de Marciano Capella. Cf. Lutz, *Remigii Autossiodorensis Commentum...*, libros I-II: “*Osyris... apud Aegyptios cultum vinearum repperit, sicut Liber apud Indos...*” (p. 168).

<sup>72</sup> Cita de Isidoro, *Etymologiae*, XX.i.1.

hizo crecer en fama y en obras. Luego la práctica de la medicina se interrumpió largo tiempo y quedó postergada por casi quinientos años, hasta la época del rey Artajerjes. Fue entonces cuando Hipócrates, engendrado por Asclepio y nacido en la isla de Cos, la hizo brillar nuevamente”.<sup>73</sup>

<sup>73</sup> Adaptado de *ibid.*, IV.iii.1-2.

“Se cree que los juegos tienen su origen entre los lidios, quienes, procedentes de Asia, se asentaron en Etruria, bajo el mando de Tirreno, y ahí, entre otras prácticas de su vida supersticiosa, comenzaron a presentar espectáculos, costumbre que imitaron los romanos; para ello hicieron venir instructores desde ese lugar, y por esta razón los juegos recibieron el nombre latino de *ludi*, derivado de *lidios*”.<sup>74</sup>

<sup>74</sup> Adaptado de *ibid.*, XVIII.xvi.2.

“Se cree que las letras del alfabeto hebreo tienen su origen en Moisés, a través de la Ley; y las de los caldeos y sirios vienen de Abraham. Isis descubrió la escritura de los egipcios; la de los griegos viene de los fenicios, y fue llevada de Fenicia a Grecia por Cadmo”.<sup>75</sup> “Carmenta, la madre de Evandro y cuyo nombre propio era Nicós-trata, descubrió las letras del alfabeto latino”.<sup>76</sup>

<sup>75</sup> Adaptado de Isidoro, *Etymologiae*, I.iii.5-6.

<sup>76</sup> Adaptado de Remigio, en su comentario a Marciano. Cf. Lutz, *op. cit.*: “*Carmentis autem dicta eo quod carminibus futura praediceret. Haec primum Latinas litteras reperit...*” (p. 187).

“Moisés fue el primero en escribir la historia sagrada, mientras que entre los gentiles, Dares, el Frigio, fue el primero en publicar la historia de Troya, la que, según se dice, fue escrita en hojas de palma. Después de Dares, Herodoto es tenido por el primer historiador en Grecia; después de él brilló Ferécides en la misma época en la que Esdras escribía la Ley”.<sup>77</sup> En cuanto a las fábulas, se cree que Alcmeón de Crotona fue el primero en hacer uso de ellas.

<sup>77</sup> Adaptado de Isidoro, *Etymologiae*, I.xlii.1-2: para el final del párrafo, *ibid.*, xxxix.1.

Egipto es la madre de las artes, de ahí pasaron a Grecia y luego a Italia. Egipto es el lugar donde se descubrió primero la gramática en la época de Osiris, marido de Isis. “Ahí también fue iniciada la dialéctica por Parménides,<sup>78</sup> quien, huyendo de las ciudades y de la compañía de los hombres, se instaló en una roca durante largo tiempo y concibió la dialéctica, y a partir de ahí viene el nombre de la roca de Parménides”. “Platón, después de la muerte de su maestro, Sócrates, emigró a Egipto llevado por el amor a la sabiduría, y después de haberse dedicado allí al estudio de las artes liberales, volvió a Atenas, donde habiendo congregado a sus discípulos en la Academia, su villa, se consagró al estudio de la filosofía”.<sup>79</sup> Él fue el primero que enseñó a los griegos la lógica racional, la que después Aristóteles, su discípulo, desarrolló, perfeccionó y constituyó como arte. Marco Terencio Varrón fue el

<sup>78</sup> Adaptado de Marciano Capella, *De nuptiis*, iv.cccxxx. En el texto citado sólo aparecen la roca y el personaje, *Parménides*, en otro contexto, pero recuérdese que es texto “adaptado”.

<sup>79</sup> Adaptado de Remigio, en su comentario a Marciano. Cf. Lutz, *op. cit.*, libros III-IX, p. 16.

primero en traducir la dialéctica del griego al latín. Después, Cicerón escribió su obra *Tópicos*. Se cree que Demóstenes, hijo de un artesano, fue el iniciador de la retórica entre los griegos, Tisias entre los latinos y Córax entre los de Siracusa. De retórica escribieron en griego Aristóteles, Gorgias y Hermágoras, y sus traductores al latín fueron Cicerón, Quintiliano y Tiziano.

### III

#### DE LAS ARTES QUE MÁS DEBEN SER ESTUDIADAS

De todas las ciencias antes mencionadas, los antiguos escogieron siete de manera especial en sus estudios para ser propuestas como programa a los que habrían de recibir una educación; y de tal manera las consideraron superiores a las demás que, según ellos, todo aquel que hubiera recibido una sólida formación en estas disciplinas, podría llegar al conocimiento de las otras más por su propia búsqueda y esfuerzo que como alumno de un maestro. Estas ciencias son como óptimos instrumentos y excelentes bases que preparan al espíritu para el pleno conocimiento de la verdad filosófica; los nombres de *trivium* y *quadrivium* vienen precisamente de que son como vías por las cuales el espíritu fortalecido se introduce en los secretos de la sabiduría.

En ese tiempo, nadie era considerado digno del nombre de maestro si no hacía profesión de este conocimiento septenario. Se lee que Pitágoras también mantuvo como práctica en sus cursos que antes de que concluyeran los siete años, esto es, el mismo número de las siete artes liberales, ninguno de sus discípulos se podía atrever a pedirle una explicación de sus afirmaciones, sino que debía confiar en las palabras del maestro hasta que culminara su etapa de aprendizaje; y ya para entonces tendría la capacidad de encontrar la explicación por sí mismo. Algunos, según se dice, habían estudiado con tanto empeño estas siete artes que las conservaban por completo en su memoria. De esta manera, sin importar los textos que después tuvieran entre sus manos, o los problemas propuestos para su solución o demostración, no se veían obligados a repasar las páginas de los libros para buscar los principios y razones que les permitieran resolver las dudas, sino

que de inmediato tenían disponible en su mente la respuesta a cada caso.

Esto en verdad explica que en ese tiempo existieran tantos sabios capaces de escribir más libros de los que nosotros podemos leer. Nuestros escolares, por el contrario, no saben o no quieren seguir el método adecuado para el aprendizaje, razón por la cual contamos con muchos estudiantes pero con pocos sabios. No obstante, me parece que no menor empeño debe poner el lector en no desperdiciar su tiempo en estudios inútiles, que en no ser remiso y en perseverar en los propósitos buenos y útiles. Es malo hacer el bien con desgano; es peor multiplicar trabajos inútiles. Sin embargo, como no todos tienen la capacidad de discernir lo que les conviene, le mostraré al lector cuáles son los escritos que me parecen más convenientes, para luego añadir también unas breves reflexiones sobre el método de aprender.

#### IV

##### DE LAS DOS CLASES DE ESCRITOS

Hay dos clases de escritos. La primera comprende aquellos que tratan de las artes en sentido propio; la segunda, aquellos que tratan de apéndices de las artes. Las artes son las que están subordinadas a la filosofía, es decir, que tienen por objeto una cierta y determinada parte de la filosofía, como la gramática, la dialéctica, etcétera. Los apéndices de las artes son aquellos que sólo indirectamente se refieren a la filosofía, es decir, que tienen como objeto una materia exterior a la filosofía. Algunas veces, sin embargo, ciertos elementos separados de las artes se les acercan de manera esporádica y confusa, o si se trata de un relato simple, preparan el camino hacia la filosofía. Tal es el caso de todos los cantos poéticos, como son las tragedias, las comedias, las sátiras, también la epopeya, la lírica y los versos yámbicos, algunas obras didácticas, las fábulas y las historias, y hasta los escritos de aquellos que ahora usualmente llamamos filósofos, quienes suelen tratar con abundancia de palabras y rodeos un asunto simple, y oscurecer con lenguaje complicado lo que tiene un sentido claro; o también quienes hacen un amasijo de diversos elementos como si se pre-

tendiera realizar una pintura a partir de una multitud de formas y colores.

Recuerda bien la diferencia que he establecido entre las artes y los apéndices de las artes. Pero entre los dos yo veo una distancia semejante a la expresada por aquel que dijo: “Como el sauce correoso cede ante el pálido olivo, y como la humilde valeriana ante la rosa carmesí”.<sup>80</sup>

Así, si alguien pretende alcanzar la ciencia, pero decide hacer a un lado las artes verdaderas para entregarse a las accesorias, encontrará una enorme carga de trabajo, por no decir infinita, con resultados mínimos. Por ello, las artes sin sus apéndices pueden contribuir a la perfección del lector, pero estos apéndices sin las artes en nada contribuyen a la perfección, sobre todo si se considera que no tienen nada deseable en sí mismos que atraiga al lector si no es lo que de las artes han tomado o adaptado; que nadie, pues, busque en ellos otra cosa que lo que pertenece a las artes.

Por esto me parece que ante todo debemos dedicar nuestros esfuerzos a las artes, en las que se encuentran los fundamentos de todas las cosas y se descubre la pura y simple verdad, y sobre todo a las siete de las que antes hablé, que contienen los instrumentos de toda la filosofía. Después, si para ello hay tiempo, se pueden leer también las demás obras, porque algunas veces deleita más lo recreativo cuando se mezcla con las cosas serias, y la rareza hace que el objeto sea valioso. Y así, algunas veces nos aferramos más a un pensamiento encontrado a la mitad de una fábula.

Sin embargo, sólo en las siete artes liberales se encuentra el fundamento de toda enseñanza, y son ellas las que siempre deben estar a nuestro alcance con preferencia sobre todas las demás, puesto que sin ellas la disciplina filosófica no intenta ni puede explicar ni definir nada. Ciertamente estas artes de tal manera están vinculadas entre sí y se necesitan mutuamente en sus razonamientos, que si llegara a faltar una sola de ellas, las demás no serían suficientes para convertir a alguien en filósofo. Por ello me parece que cometen un error quienes, sin tener en cuenta esta interdependencia en las artes, eligen para sí sólo algunas y, sin acercarse a las demás, pretenden poder perfeccionarse sólo en éstas.

<sup>80</sup> Virgilio, *Eclogae*, V.16-17.

## V

DE QUE SE DEBE DAR A CADA UNA DE LAS ARTES  
LO QUE LE ES PROPIO

Hay todavía otro error, casi tan grave como el anterior, y que es preciso evitar a toda costa. En efecto, hay algunos que sin omitir nada de lo que hay que leer, con todo, son incapaces de dar a cada una de las artes lo que le es propio, y cuando estudian una pretenden abarcarlas todas. Si se trata de la gramática, discuten de la naturaleza del silogismo; si de la dialéctica, indagan sobre la declinación de los casos y, lo que es mayor motivo de risa, sin pasar del título parece que ya leyeron todo el libro, y a la tercera sesión de lectura apenas han terminado el *incipit*. Al actuar de esta forma no enseñan a los demás, sólo hacen ostentación de su ciencia. ¡Ojalá que todos los pudieran ver tal como yo los veo! Pero reflexiona sobre la perversidad de esta costumbre, porque de verdad cuantas más cosas inútiles agregues tanta menor será tu capacidad para entender y retener los asuntos de importancia.

Así pues, en cualquier arte tenemos que identificar y distinguir sobre todo dos cosas: primero, cómo debe ser tratado el arte mismo; segundo, cómo se deben aplicar a cualquier otro asunto los principios de ese arte. Son pues dos puntos distintos, tratar *del* arte y tratar *de acuerdo con* el arte. Tratar del arte, por ejemplo, es tratar de la gramática; tratar de acuerdo con el arte es tratar algo de acuerdo con la gramática. Hay que distinguir bien las dos cosas, tratar de la gramática y tratar gramaticalmente. Trata de la gramática aquel que se ocupa de las reglas dadas para normar el uso de las palabras y de los preceptos que pertenecen a este arte; trata de acuerdo con la gramática todo aquel que habla y escribe según las reglas. Por tanto, tratar de la gramática sólo corresponde a algunos escritos, como los de Prisciano, Donato o Servio; tratar gramaticalmente es asunto de todos.

Por tanto, cuando tratemos de cualquier arte, sobre todo en la docencia, en la que todo debe ser reducido a compendios para facilitar la comprensión, debemos darnos por satisfechos con explicar el tema de la manera más breve y clara posible, para evitar que con la multiplicación de complicadas explicaciones confundamos al alumno en lugar de instruirlo. No es necesario que digamos todo lo que podemos decir, para que no pierda su utilidad la

exposición de lo que sí tenemos que decir. Después de todo, debes buscar en cada una de las artes aquello que específicamente le pertenece y la constituye como tal. Más tarde, cuando ya hayas estudiado las diversas artes, y mediante la discusión y la comparación hayas llegado al conocimiento de lo que es característico de cada una, entonces ya se podrán relacionar entre sí los principios de cada una de ellas, e investigar de nuevo mediante esta consideración integral de las artes lo que antes no habías comprendido suficientemente. No multipliques los atajos mientras no conozcas los caminos seguros. Avanzarás con mayor seguridad si no tienes el temor de equivocarte.

## VI

### DE LO QUE ES NECESARIO PARA EL ESTUDIO

Tres cosas necesitan los que estudian: capacidad natural, ejercicio y disciplina. Por capacidad natural se entiende que el estudiante comprenda fácilmente lo que oye y retenga firmemente lo comprendido; por ejercicio, que se fomente la capacidad natural con el esfuerzo perseverante; por disciplina, que haya congruencia entre la teoría y la práctica, manifestada en una vida honorable. De cada una de estas tres cosas daremos una breve explicación, a modo de introducción.

## VII

### SOBRE LA APTITUD NATURAL

Los que se dedican al estudio deben estar dotados a la vez de aptitud y de memoria, que están tan estrechamente vinculadas entre sí en todo estudio y disciplina, que si llega a faltar una de ellas, la otra no puede llevar a nadie a la perfección. Es como en el caso de las ganancias, de nada sirven si no son guardadas y, por otra parte, en vano se dispone de lugares de acopio si no hay nada que guardar. La aptitud encuentra la sabiduría, la memoria la guarda. La aptitud es una cierta potencia naturalmente presente en la mente y con un valor intrínseco; procede de la naturaleza, mejora con la práctica, se embota con el excesivo trabajo y se agudiza con

el ejercicio equilibrado. Como alguien dijo con bastante buen gusto: “Quiero que por fin te cuides a ti mismo, hay demasiado afán en esos papeles. ¡Sal a que te dé el aire!”

Hay dos cosas que mejoran la aptitud: la lectura y la meditación. La lectura permite que nos formemos en las reglas y preceptos que obtenemos de los libros. Hay tres clases de lectura: la del maestro, la del alumno y la del que lee por su cuenta de manera independiente. Por ello decimos: “le leo un libro”, “me asiste en la lectura de un libro”, “leo un libro”. En la lectura hay que tener en cuenta sobre todo el orden y el modo.

## VIII

### DEL ORDEN DE LA LECTURA

Una especie de orden se da en las disciplinas, como cuando digo que la gramática es anterior a la dialéctica, o la aritmética anterior a la música; otra en los escritos, como cuando digo que las *Catilinarias* son anteriores a *Jugurta*; otra en la narración, que tiene una secuencia continua; y otra en la exposición.

El orden en las disciplinas depende de su naturaleza; en los escritos, de la persona del autor o del tema tratado. En la narración depende del arreglo secuencial, que es de dos clases, natural, es decir, cuando las cosas se narran en el orden en que acaecieron; artificial, que es cuando se narra primero lo que sucedió después, y posteriormente se narra lo que pasó antes. En la exposición, el orden depende de la investigación.

La exposición comprende tres elementos: la letra, el sentido y la sentencia. La letra es la correcta disposición de las palabras, a la que también llamamos construcción; el sentido es el significado simple y claro que la letra ofrece a primera vista; la sentencia es la comprensión más profunda que sólo se alcanza a través de la explicación y la interpretación. En todo esto, el orden consiste en que se busque primero la letra, después el sentido y, por último, la sentencia. Hecho esto, la exposición está completa.

## IX

### DEL MODO DE LEER

El modo como hay que leer un texto se basa en la división de su contenido. Toda división comienza con lo finito y se extiende hasta lo infinito. Ahora bien, todo lo que es finito es más conocido, y puede ser comprendido por el conocimiento. Por otra parte, la enseñanza comienza por aquello que es más conocido y, a través de este conocimiento, llega al descubrimiento de lo que está oculto. Además, investigamos por medio de la razón, cuya función es dividir, cuando descendemos de los universales a los particulares mediante la división y la investigación de la naturaleza de cada cosa. En efecto, todo universal es más determinado que sus particulares; por tanto, cuando aprendemos, debemos empezar por los universales que son más conocidos, determinados y comprensivos, y así, descendiendo poco a poco y distinguiendo cada cosa por la división, llegamos a investigar la naturaleza de lo que contienen los universales.

## X

### DE LA MEDITACIÓN

La meditación es una reflexión persistente, acompañada de deliberación, que prudentemente investiga la causa y el origen, el modo y la utilidad de cada cosa. La meditación tiene su punto de partida en la lectura, pero sin verse constreñida por sus reglas y preceptos, pues se complace en recorrer ciertos espacios abiertos donde concentra libremente su mirada penetrante en la contemplación de la verdad y logra captar a veces unas causas de las cosas, a veces otras, y en ocasiones, adentrarse en las profundidades sin dejar nada en la duda o en la oscuridad.

Así pues, el inicio de la enseñanza se encuentra en la lectura; su culminación, en la meditación, y si alguien se ha familiarizado amorosamente con ella y ha decidido entregársele con frecuencia, ella le recompensará con una vida verdaderamente agradable y le proporcionará el mejor consuelo en el momento de la tribulación. En efecto, la meditación es la que más aísla al alma del bullicio de las actividades terrenales, y permite que también en esta vida se

tenga una especie de gusto anticipado por la dulzura del descanso eterno. Y cuando a través de las cosas que han sido hechas se ha aprendido a buscar y entender a Aquel que todo lo ha hecho, entonces se instruye al espíritu con el conocimiento al mismo tiempo que se le llena de alegría. De ahí resulta que en la meditación se encuentra el máximo deleite.

Hay tres clases de meditación: una consiste en la consideración de las costumbres; otra, en el examen de los mandatos; la tercera, en la investigación de las obras divinas. Las costumbres se encuentran en los vicios y en las virtudes. El mandato divino prescribe, promete o amenaza. Obra de Dios es lo que con su poder crea, lo que con su sabiduría gobierna, lo que con su gracia coopera. Y mientras con mayor aplicación se entregue el hombre a meditar sobre las maravillas de Dios, tanto más se convencerá de cuán dignas de admiración son todas ellas.

## XI

### DE LA MEMORIA

Pienso que al hablar de la memoria por ningún motivo debe pasarse por alto aquí que así como la aptitud natural investiga y descubre mediante la división, así la memoria conserva mediante la recolección. Es preciso, por tanto, que lo que dividimos en el proceso del aprendizaje lo recojamos ahora para encomendarlo a la memoria. Recoger significa reducir a un resumen breve y sustancioso aquello de lo que se escribió y se discutió con mayor detalle; es lo que los antiguos llamaron “epílogo”, es decir, una breve síntesis de lo expuesto antes. Todo tema que se trata tiene un principio en el que se apoya toda la verdad del asunto y la fuerza del pensamiento, y de él depende todo lo demás. Buscar y examinar este principio es lo que significa recoger.

Existe una sola fuente y muchos arroyos que de ella emanan. ¿Para qué seguir las sinuosidades de las corrientes? Mantente en la fuente y dominarás todo. Digo esto porque la memoria del hombre es débil y disfruta de la brevedad, por lo que si tiene que abarcar muchas cosas va perdiendo fuerza en cada una de ellas. Debemos, por tanto, en todo aprendizaje recoger ciertos datos breves y seguros que se puedan guardar en el cofrecito de la memo-

ria, de donde posteriormente, cuando las circunstancias lo exijan, se puedan sacar las debidas conclusiones. Es también necesario repasar todo esto con frecuencia y llevarlo desde el vientre de la memoria hasta el gusto del paladar, para evitar que desaparezca a consecuencia de un descuido prolongado.

Por todo esto te pido, lector, que no te alegres demasiado por haber leído mucho, sino por haber comprendido mucho, y no sólo por haberlo comprendido, sino por haberlo sabido retener. De lo contrario, de poco sirve leer o comprender mucho. Por ello, quiero repetir aquí lo que dije antes: los que se dedican al estudio necesitan estar dotados de aptitud natural y de memoria.

## XII

### DE LA DISCIPLINA

Cierto sabio, interrogado sobre el modo y la forma de aprender, respondió: “Una mente humilde, el empeño en la búsqueda, una vida tranquila, una investigación callada, la pobreza, una tierra extranjera, todo esto les ha servido a muchos para aclarar los lugares oscuros de la lectura”.<sup>81</sup> Él había escuchado, pienso yo, la máxima que dice: “Las virtudes adornan la ciencia”. Por ello, a los preceptos para la lectura añade los preceptos para la vida, de manera que el lector pueda conocer cuál debe ser su forma de vida al mismo tiempo que la naturaleza de su estudio. Indigna de alabanza es la ciencia cuando se encuentra manchada por una vida deshonesta, y por eso quien está en busca de la ciencia debe evitar a toda costa el descuido de la disciplina.

<sup>81</sup> Versos citados por autores de los siglos XII y XIII, pero de atribución incierta, como explica Taylor.

## XIII

### DE LA HUMILDAD

El principio de la disciplina es la humildad, cuyas manifestaciones son muchas, pero de especial importancia para el lector son las tres siguientes: la primera, que no debe despreciar conocimiento ni escrito algunos; la segunda, que no debe avergonzarse de nadie que pueda enseñarle algo; la tercera, que una vez alcanzado el saber, no mire con desprecio a los demás.

Hay muchos que se ven dominados por el deseo de parecer sabios antes de serlo, y por ello son víctimas de un ataque de arrogancia que los lleva a comenzar a simular lo que no son y a avergonzarse de lo que realmente son; y se alejan tanto más de la sabiduría cuanto que su propósito no es convertirse en sabios, sino que se piense que lo son. He conocido a muchos que actúan de esta forma, quienes, aunque todavía carecen de los conocimientos básicos, sólo se dignan interesarse en las cuestiones más elevadas, y creen que llegarán a ser grandes con sólo leer los escritos y escuchar las palabras de los grandes y de los sabios. “Nosotros”, dicen, “los hemos visto, hemos seguido sus lecciones. Con frecuencia conversaban con nosotros. Esos grandes, esos hombres famosos nos conocen”. Pero ¡ojalá que a mí nadie me conociera y que yo conociera todo!

Ustedes se glorían de haber visto a Platón, no de haberlo comprendido. Pienso luego que es indigno de ustedes que sean mis discípulos, porque yo no soy Platón, y ni siquiera tuve el mérito de verlo. Mejor para ustedes, porque han bebido en la fuente misma de la filosofía, pero ¡ojalá que todavía estuvieran sedientos! El rey, después de haber bebido en una copa de oro, bebe ahora en un vaso de barro.<sup>82</sup> ¿De qué se avergüenzan? Ya escucharon a Platón, escuchen ahora a Crisipo. Como dice el proverbio: “Lo que tú ignoras, tal vez Ofelo lo sepa”.<sup>83</sup> No hay nadie a quien le haya sido concedido saber todo, como tampoco hay nadie a quien no le hubiera tocado recibir algún don especial de la naturaleza.

Así pues, el estudiante prudente escucha a todos con gusto, lee todo, y no desprecia escrito alguno, a persona alguna, ni enseñanza alguna. Sin hacer distinción, busca en cada uno lo que sabe que le hace falta, sin tomar en cuenta lo que conoce, sino lo que ignora. De ahí el dicho platónico que algunos repiten: “Prefiero aprender modestamente lo que otros dicen que exponer con desdoro lo que yo pienso”.<sup>84</sup> ¿Por qué, pues, te ruborizas de ser enseñado y no te avergüenzas de tu ignorancia? Mayor debe ser la vergüenza en este caso. O ¿por qué aspiras a las alturas cuando yaces en las profundidades? Examina más bien cuál es la capacidad de tus fuerzas. Muy bien avanza el que lo hace gradualmente. Hay algunos que al pretender dar un gran salto adelante caen por tierra. Así pues, no te apresures demasiado y de este modo llegarás más pronto a la sabiduría. Aprende alegremente de los demás

<sup>82</sup> Taylor pone esta frase entre comillas y señala como fuente a Valerio Máximo, *Facta et dicta memorabilia*, VII.iv.1, pero ni en este pasaje ni en ningún otro de los nueve libros de Valerio se encuentra el texto en cuestión. Suetonio, en su *Vida de los doce césares* (Claudio, 32), aunque en otro contexto, nos ofrece la misma contraposición entre la copa de oro, *scyphum aureum*, y el vaso de barro, *calicem fictilem*, que equivalen a *aurea pocula* y a *vase testeo* del texto de Hugo.

<sup>83</sup> Cf. Horacio, *Satura*, II.ii.2 y Virgilio, *Eclogae*, VIII.63.

<sup>84</sup> Tomado de san Jerónimo, *Epistulae*, ep. LIII.i.2. (San Jerónimo, *Epistolario*, BAC, t. 1, p. 486).

lo que tú ignoras, porque la humildad puede hacer que compartas lo que la naturaleza ha dado a cada quien como un bien propio. Serás más sabio que todos si estás dispuesto a aprender de todos. Los que de todos reciben son más ricos que todos.

Por último, no desprecies conocimiento alguno porque todo conocimiento es bueno. No desdeñes, si tienes tiempo, la lectura por lo menos de ningún escrito. Si no obtienes provecho, tampoco pierdes nada, sobre todo si se tiene en cuenta que, a mi juicio, no existe libro alguno que no ofrezca algo de interés si se lee en el lugar y en el momento adecuados; o que no contenga algo especial que el atento escudriñador de las palabras no haya encontrado en otros escritos, y que con tanto mayor gusto acoge cuanto más raro es el hallazgo.

Sin embargo, nada puede ser bueno si se elimina lo que es mejor. Si no es posible que leas todo, lee entonces lo que sea de mayor utilidad; y aunque pudieras leer todo, no debes dedicarle el mismo esfuerzo a todo. Se deben leer ciertos escritos para que no nos sean desconocidos; otros se deben leer para que por lo menos hayamos oído hablar de ellos, porque suele suceder que otorguemos más valor del que realmente tiene a aquello de lo que no hemos oído hablar, y se valora mejor aquello cuyos frutos se conocen.

Ahora puedes ver cuánto necesitas esta humildad para que no menosprecies conocimiento alguno y para que con gusto puedas aprender de todos; de modo semejante también te ayuda a no despreciar a los demás cuando los aventajes en conocimiento. Esta hinchazón de vanidad les sobreviene a algunos porque se detienen demasiado en la contemplación de sus conocimientos, y pareciéndoles que ya han llegado a convertirse en alguien, piensan que los demás, a los que ni siquiera conocen, no se les comparan ni pueden comparárseles. El mismo origen tiene la ebullición actual de ciertos mercaderes de baratijas quienes, jactándose no sé de qué, acusan a nuestros primeros padres de simplicidad, y se comportan como si la sabiduría hubiera nacido y hubiera de morir con ellos. Afirman que el modo de expresarse de la divina palabra es tan simple que no es necesario acudir a maestros para que la interpreten, sino que cada quien puede por su aptitud natural penetrar en los arcanos de la verdad. Arrugan la nariz y fruncen los labios frente a los estudiosos de la ciencia divina, y no quieren entender que ofenden a Dios al predicar su

palabra, que ciertamente es sencilla y está contenida en un hermoso lenguaje, pero que se vuelve insípida cuando se tuerce su sentido. No aconsejo que se imite a esta clase de hombres.

Así pues, el buen estudiante debe ser humilde y dócil, totalmente ajeno a las vanas preocupaciones y a los atractivos de los placeres. Debe ser diligente y aplicado para aprender gustosamente de todos; para nunca ufanarse de sus conocimientos; para huir de los autores de falsas doctrinas como de un veneno; para aprender a reflexionar largamente sobre un asunto antes de emitir su juicio; para tratar de ser, no de parecer, un hombre instruido; para comprender y amar las sentencias de los sabios; y para tenerlas siempre ante los ojos como si fueran un espejo ante su rostro. Y si llega a suceder que algunos temas más oscuros se cierran a su comprensión, no debe estallar luego en airado rechazo y pensar que sólo lo que está al alcance de su entendimiento debe ser valorado. Ésta es la humildad propia de la disciplina de los lectores.

## XIV

### DEL EMPEÑO POR INDAGAR

El empeño por indagar se refiere al ejercicio, y en esto el estudiante más que ser enseñado, necesita ser alentado. Todo el que quiera examinar atentamente lo que los antiguos tuvieron que soportar por el amor de la sabiduría, y cuán dignos de permanente recuerdo son los testimonios que de su virtud dejaron a la posteridad, constatará la pequeñez de su esfuerzo comparado con el de ellos. Unos despreciaron los honores, otros rechazaron las riquezas, otros se regocijaron en las injurias recibidas, otros ignoraron los sufrimientos, y otros más, apartándose de la compañía de los hombres y adentrándose en los sitios más apartados y secretos de parajes solitarios, se consagraron totalmente a la filosofía, de manera que tanto más libremente pudieran entregarse a la contemplación cuanto menos sujeto estaba su espíritu a los apetitos desordenados que generalmente impiden el camino de la virtud. Se lee, por ejemplo, que el filósofo Parménides habitó en una roca en Egipto durante quince años. Y de Prometeo se nos recuerda que, debido a su irrefrenable gusto por la meditación, se expuso en el monte Cáucaso a los ataques de un buitre. Ellos sabían que el verdadero bien no se

encuentra en la estima de los hombres sino que se oculta en una conciencia pura, y que ya no eran hombres aquellos que, por adherirse a las cosas perecederas, desconocían su propio bien. Y por ello querían manifestar con la misma distancia física entre sus lugares de residencia la diferencia de mente y entendimiento que los separaba de los demás, y que no podía haber una habitación común entre quienes no estaban asociados por un mismo propósito.

Alguien reprochaba a un filósofo diciéndole: “¿Acaso no te das cuenta de que la gente se burla de ti?”, a lo que éste le respondió: “Ellos se burlan de mí, pero los asnos se burlan de ellos”. Imagina, si puedes, en cuánto estimaría la alabanza de aquellos cuyos vituperios tampoco le importaban. De otro se lee que después de haber estudiado todas las disciplinas y alcanzado las alturas de las artes, descendió de ahí para dedicarse al trabajo de alfarero. Y los discípulos de un tercero, al expresar las alabanzas de su maestro, se gloriaban porque, además de sus otros conocimientos, también poseía el del oficio de zapatero.

Me gustaría, pues, que nuestros alumnos tuvieran este celo para que la sabiduría nunca envejeciera en ellos. Abisag, la Sunamita, ella sola, pudo calentar al anciano David<sup>85</sup> porque el amor de la sabiduría no abandona a su amante aunque su cuerpo ya esté decrepito. “Casi todas las fuerzas corporales se debilitan en los ancianos, y sólo la sabiduría crece mientras todo lo demás disminuye”.<sup>86</sup> “La vejez de aquellos que han conformado su juventud con una conducta honesta se vuelve más docta con los años, más experimentada con la práctica, más sabia con el paso del tiempo, y logra cosechar los dulcísimos frutos de sus estudios pasados. Por eso aquel ilustre varón de Grecia, Temístocles, cumplidos ya ciento siete años y al ver que se acercaba la hora de su muerte expresó, según se dice, su pesar por abandonar la vida cuando apenas comenzaba a ser sabio. Platón murió a la edad de ochenta y un años, mientras escribía. Sócrates<sup>87</sup> cumplió noventa y nueve años en el dolor y el esfuerzo de la enseñanza y de la escritura. Paso por alto a otros filósofos, como Pitágoras, Demócrito, Jenócrates, Zenón y Parménides de Elea, que en edad avanzada siguieron floreciendo en el estudio de la sabiduría.

“Menciono ahora a los poetas, Homero, Hesíodo, Simónides, Tersícoro, quienes, siendo ya muy mayores, ante la proximidad de la muerte entonaron no sé qué canto del cisne, mucho más dulce que el habitual. Sófocles, después de haber llegado a una edad

<sup>85</sup> 1R, 1, 1-4.

<sup>86</sup> Cita de san Jerónimo, *Epistulae*, ep. LII.iii.2. (San Jerónimo, *Epistolario*, BAC, t. 1, p. 464).

<sup>87</sup> Aquí es importante citar lo que dice Taylor, que la lectura correcta puede ser “Teofrasto”, como se deduce de Cicerón, *Tusc. disp.*, XXX, xxviii.69.

extrema y de haber descuidado los asuntos familiares, fue acusado de demencia por sus hijos; recitó entonces ante el juez la historia de Edipo, que recientemente había escrito, y dio tal prueba de su sabiduría a pesar de los quebrantos de su edad, que transformó la severidad del tribunal en el aplauso de un teatro. Tampoco hay que sorprenderse de que Catón, el Censor, quien era el más elocuente de los romanos, ni se avergonzó ni perdió la esperanza de aprender el griego cuando era ya un anciano. Y es cierto que Homero narra que de la lengua de Néstor, ya viejo y casi decrepito, fluían palabras más dulces que la miel.<sup>88</sup>

<sup>88</sup> Cita de san Jerónimo, *Epistulae*, ep. LII.iii.3. (San Jerónimo, *Epistolario*, BAC, t. 1, p. 465s, en donde la lectura es *Estesícoro*, no *Tersicoro*).

Así pues, advierte a qué grado amaron la sabiduría aquellos a los que ni siquiera una edad decrepita pudo apartarlos de seguir buscándola. Este amor tan grande por la sabiduría, y tal abundancia de buen juicio en personas ancianas, se deducen convenientemente del significado del nombre arriba mencionado. *Abisag*, en efecto, se interpreta como “mi padre superfluo”, o también como “el rugido de mi padre”, con lo cual se demuestra que el inmenso trueno de la palabra divina, más allá de la voz humana, está presente en los ancianos. Esto es así porque la palabra “superfluo” en este lugar significa plenitud, no redundancia. Además, “Sunamita” se traduce en nuestra lengua como “escarlata”, lo que de manera muy apropiada puede significar el fervor de la sabiduría.

## XV

### DE LOS OTROS CUATRO PRECEPTOS

Los cuatro preceptos siguientes se presentan en forma alternada, de modo que el primero se refiere a la disciplina y el siguiente al ejercicio.

## XVI

### DE LA TRANQUILIDAD

La tranquilidad de la vida puede ser interior, la que impide que la mente se distraiga con deseos ilícitos, o exterior, la que permite que se disponga del ocio y de las ocasiones oportunas para los afanes honestos y útiles; ambas se refieren a la disciplina.

## XVII DEL ESCRUTINIO

El escrutinio, es decir, la meditación, concierne al ejercicio. Con todo, parecería que el escrutinio formara parte del empeño por indagar, y si esto es verdad, se cae en una repetición inútil, puesto que ya fue antes mencionado. No obstante, debe reconocerse que entre ambas clasificaciones existe la diferencia siguiente: el empeño por indagar designa la asiduidad al trabajo; mientras que el escrutinio, la atenta meditación. El trabajo y el amor permiten concluir la obra; el cuidado y la vigilia dan origen al buen juicio. El trabajo hace que mantengas tu actividad; el amor, que la concluyas. El cuidado te ayuda a ser previsor; la vigilia, a que estés atento. Éstos son los cuatro sirvientes que llevan la litera de Filología, porque ejercitan la mente, sobre la que gobierna la sabiduría. La silla de Filología es ciertamente la sede de la sabiduría, de la que se dice que es llevada por estos portadores porque cuando alguien se ejercita en esto ella avanza. Por ello se dice muy bien que dos jóvenes, por su fuerza, sostienen la litera por la parte de adelante, y ellos son *philos* y *cophos*, es decir, Amor y Trabajo, porque llevan a cabo la obra exteriormente; y en la parte de atrás la sostienen dos doncellas, y ellas son *philemia* y *agrimnia*, que responden a Cuidado y Vigilia, porque generan el buen juicio en el secreto de la interioridad.

Hay quienes piensan que la silla de Filología significa al cuerpo humano, al que gobierna el alma racional, y que es llevado por cuatro sirvientes, los cuatro elementos que lo componen: de los cuales los dos superiores, es decir, el fuego y el aire, son masculinos de hecho y por género; y los dos inferiores, es decir la tierra y el agua, son femeninos.<sup>89</sup>

## XVIII DE LA PARSIMONIA

También se pretende convencer a los alumnos de la práctica de la pobreza, es decir, de no andar en pos de lo superfluo, lo que concierne a la disciplina de manera muy especial. “Porque”, como se dice, “un vientre lleno no engendra un sentido fino”.<sup>90</sup> Pero ¿qué podrán comentar sobre esto los escolares de nuestro tiempo? Por-

<sup>89</sup> Como referencia de esta alegoría, Taylor cita a Marciano, *De nuptiis*, y el comentario de Remigio.

<sup>90</sup> Cita de san Jerónimo, *Epistulae*, ep. LII.xi. (San Jerónimo, *Epistolario*, BAC, t. 1, p. 480: “vientre obeso no engendra ingenio”).

que ellos no sólo se apartan de la frugalidad durante el tiempo de sus estudios, sino que se esfuerzan en aparentar tener más de lo que tienen. Ya no se jactan de lo que han aprendido, sino de lo que han gastado. Pero tal vez sólo pretenden imitar a sus maestros, de quienes no encuentro nada bueno que decir.

## XIX DEL EXILIO

Se trata, por último, lo que se refiere a una tierra extranjera, porque ella también da al hombre ocasión para ejercitarse. El mundo entero es un lugar de destierro para los que reflexionan filosóficamente. Sin embargo, como dijo alguien: “No sé qué dulce atracción ejerce el suelo patrio / Que no permite al hombre que de él se olvide”.<sup>91</sup>

<sup>91</sup> Ovidio, *Epistulae ex Ponto*, I.iii.35-36. Como referencias del párrafo final, cf. Virgilio, *Eclogae*, I.68-70 y Horacio, *Carmina*, II.xvi.9-12.

Es un gran paso en el camino de la virtud que el espíritu ejercitado aprenda, poco a poco, a intercambiar primero estas cosas visibles y transitorias, para después ser capaz también de abandonarlas por completo. Es débil aquel que todavía se siente atraído por la dulce patria; ya es fuerte aquel que en cualquier lugar se encuentra en suelo patrio; pero es perfecto aquel que en cualquier parte del mundo se siente desterrado. El primero puso su amor en un lugar del mundo; el segundo lo extendió; el tercero lo extinguió. Yo, desde mi niñez, he sido un desterrado, y por experiencia conozco el dolor que a veces siente el alma cuando tiene que abandonar el reducido espacio de su cabaña; pero también conozco cuán fácilmente desdeña después los palacios de mármol y los salones con sus artesonados.